

El Círculo

Paseaba por la orilla del río prestando atención a cada paso que daba, mientras evocaba aquella vez que corría por ahí tratando de alcanzar a su perro, Troy, un joven pastor del Pirineo de pelo largo, grueso y áspero, de color gris y negro. Recuerda aquel día vívidamente. Llovía y el animal decidió darse una ducha en vez de estar a buen resguardo dentro de la casa. No soportaba la idea de perder de vista a su mascota, así que salió tras él aun a sabiendas de que quedaría empapada y de que tendría que hacer buenos esfuerzos para seguir la carrera de Troy. Tenía entonces nueve años y todo el pueblo era su patio de juegos. Pero ya no quedaba nada de todo aquello, solamente unas calles abandonadas por las que ahora caminaba despacio apoyándose en su bastón. Siete décadas la separaban de ese recuerdo.

Se sorprendió a sí misma pronunciando en voz alta el nombre de Troy.

- Yo también me acuerdo de él – dijo una voz a su espalda-. Y del día en que volvió al pueblo hecho unos zorros. Estaba muy enfermo pero, al final, con los cuidados del veterinario y el amor de todos los chavales logró recuperarse.

La mujer se giró sobresaltada, pero enseguida se calmó al descubrir que el dueño de esa voz ronca, pero tierna, era un anciano enjuto que, como ella, apoyado en su bastón, y parapetado tras unas enormes y antiguas gafas de sol, la contemplaba con curiosidad. Sin fortuna, trató de adivinar quién era el que parecía conocer tan bien a su perro. Le preguntó cómo se llamaba, pero el hombre no contestó, sino que empezó a relatar una historia que, poco a poco, la llevó a la época en que el pueblo estaba vivo.

Durante años esperé su regreso. Habíamos prometido estar juntos hasta que uno de los dos muriera. Teníamos diecisiete años. Al final, abandoné el pueblo para ir a trabajar a Barcelona, pero cada verano he vuelto aquí, pensando que quizá también ella volvería. Ariadna se fue con su familia a Brasil, poco después de esa promesa.

Aquel verano de 1947 fue especial. Como siempre, por las fiestas del pueblo pusieron un entoldado en medio de la Plaza Mayor y durante toda una semana la música no dejó de sonar. Todas las chicas revoloteaban alegres por las calles, pero mi Ariadna era la mariposa más bonita del lugar. Recuerdo el vestido que lucí el día del último baile, como si lo tuviera grabado en mi piel. Era de gasa, muy ligera, con unos finos ramajes azules estampados sobre el fondo blanco. El cuerpo era ceñido y la falda vaporosa imitaba a los pétalos abiertos de una rosa, de entre los cuales surgían dos esbeltos estambres coronados por unos zapatitos de charol negro.

Aquella última noche decidí invitarla a bailar. Y porque estaba tan loco por ella, me fue tan difícil acercarme. Me bebí un vaso de vino a escondidas de mis padres; menos mal que los camareros no eran del pueblo y, como yo aparentaba más edad de la que tenía, me lo sirvieron sin ningún problema. Me bebí, pues, ese vino, y luego otro, y no sé de donde saqué fuerzas para acercarme a ella ante la mirada de todos los demás y, especialmente, de las cotillas del pueblo, todas amigas de mi madre, y a las que les faltaría tiempo para ir a chivarse antes de que acabara la verbena. ¡Ay Carmeta! He visto a tu Manel bailando con la hija pequeña de los Passarius. ¡Qué buena pareja hacen! Si lográis emparentar con esa familia seréis la envidia de muchos.

Seguro que notó mi turbación cuando le pedí el primer baile. Su sonrisa, entre pícaro y burlona, así me lo dio a entender, pero también el ligero rubor de sus mejillas delataba algo. Acabamos bailando toda la noche, manteniendo nuestros cuerpos separados escasos centímetros. Sólo nuestras mejillas estaban pegadas, era lo único que nos podíamos permitir ante la mirada inquisidora de los mayores. Los dos sudábamos y notábamos la humedad de la piel del otro, pero no nos atrevíamos a cambiar de posición por miedo a que nuestros ojos se encontraran. O, al menos, eso es lo que a mí me sucedía. No habría sabido qué hacer si a tan corta distancia me hubiera topado con esas dos perlas azules que le iluminaban la cara.

Las canciones lentas iban sonando una tras otra, encadenándose sin pausa. Yo imaginaba que ella escuchaba atenta las letras que hablaban de amor y a veces me atrevía a susurrar alguno de los estribillos, con la esperanza de que adivinara que esas palabras tan tiernas iban dedicadas a nosotros. Sólo cuando la música paraba nos separábamos.

Ya nada fue igual después de esa noche. En los días sucesivos nos encontrábamos en la Plaza de los Árboles y paseábamos hasta el río. Decidimos que a partir de entonces nuestro sitio secreto sería la roca piramidal que había en la orilla. Y allí nos encontrábamos cada día, lejos de las miradas acusadas de la gente del pueblo. ¡Qué excitante era todo! Ese fue nuestro verano, e iba a ser el primero de muchos veranos y de toda una vida, pero... ya ves, la vida se rio de nosotros.

- Imagino que aún estás enamorado de ella, ¿verdad?
- Más bien diría que soy un viejo enamorado de lo que pudo ser.
- ¿Por qué crees que no volvió?

- No lo sé. Supongo que se casó y se olvidó de mí y de todas las promesas de críos. Al fin y al cabo éramos unos críos ensayando la vida.

Tras una larga pausa, y ante la mirada expectante de la mujer, prosiguió:

- A veces, cuando estoy sentado en esta roca, me da la sensación de que está a mi lado; casi puedo olerla y oír su voz. Encontrarla sería el último regalo, el momento que cerraría el círculo.

Se quedaron los dos de nuevo en silencio durante unos segundos, él con la mirada perdida en algún punto de la otra orilla, ella mirándole emocionada. Sólo se oía el agua del río deslizándose presurosa y saltando sobre las rocas que se interponían en su camino.

- Manel, no me reconoces, ¿verdad?

Manel se levantó con lentitud apoyándose en su bastón, se quitó las gafas de sol, se acercó a ella, levantó la mano para rozar la piel de su rostro con las yemas de los dedos, escrutó sus ojos azules, acarició un mechón de su pelo cano, esbozó una triste sonrisa y, sin mediar palabra, empezó a andar hacia el pueblo, arrastrando los pies como si le pesara la vida y negando con un movimiento de cabeza. La mujer se quedó en la orilla siguiéndole con la mirada hasta que fue un punto imperceptible en la distancia.

- ¡Ariadna! Levántate ya que llegaremos tarde. ¡Los aviones no esperan!

Ariadna se sobresaltó al oír la voz de su madre. Tardó aún unos minutos en levantarse. Entró en el cuarto de baño y se miró al espejo como si no se reconociera. Ese pelo..., esos ojos..., esa piel... Se pasó la mano por la cara e intentó recordar... pero ¿qué iba a recordar? Bueno, qué más da... habré soñado algo intenso, pensó.

Ariadna pasó todo el viaje en avión dibujando círculos sobre su diario.